

traslucía el horror de las cosas, y anunció acontecimientos graves, oficialmente ignorados, pero «algunos de los cuales debían ser ciertos.» Las semi confesiones iban envueltas en un resto de pueril fanfarronada que había de comprometer la dignidad del infortunio. «Al principio, decía Palikao, arrojamus una parte del ejército prusiano al Mosa; pero luego, abrumados sin duda por el número, hubimos de retirarnos ó á Mezières ó á Sedán, ó también, aunque en pequeño número, al territorio belga.» El final del discurso aumentó la impresión de tristeza: «Acaso hay otras noticias de índole más grave, tales como la herida del mariscal Mac-Mahón y otras que se han propalado; pero declaro que no hemos recibido ningún informe oficial de este género.» Así habló el general, causando espanto con sus confesiones y aun más con sus reticencias, y entreteniéndose en vanos simulacros de esperanza que no engañaban al auditorio ni al mismo orador. Cuando el ministro volvió á su puesto, Julio Favre pidió la palabra: «El gobierno, dijo, ha cesado de hecho de existir... Para evitar toda confusión, es necesario que todos los partidos desaparezcán ante el nombre de un militar que se encargue de la defensa de la nación.» Sin nombrar á Trochu, Favre lo designó claramente. «Ante él, añadió, deben desaparecer todos los fantasmas de gobierno.» Faltaba sólo llevar hasta el extremo la audacia y formular la proposición de destitución.

La sesión se levantó á las cuatro y media, y mientras estaban reunidos los diputados, presentábase en las Tullerías el director de las líneas telegráficas, Sr. de Voigny, que llevaba el despacho oficial. Al fin había llegado; era del emperador á la emperatriz. El ministro del Interior lo cogió de manos del Sr. de Voigny y lo entregó á su soberana; el parte contenía estas solas palabras: «El ejército está deshecho y cautivo; yo mismo soy prisionero.»

## II

Todo lo que desde la víspera se sospechaba, todo lo que se afirmaba desde la mañana, destacábase en plena luz. Para encontrar infortunios parecidos era preciso remontarse hasta los tiempos de Carlos el Gordo, hasta los días del tratado de Troyes. Los ministros, convocados con urgencia, reuniéronse en las Tullerías. ¿Podía salvarse todavía el Imperio? Sólo dos conductas eran posibles. Consistía la primera en empuñar de nuevo vigorosamente las riendas del gobierno, dictar incontinenti las medidas de pública salvación, apoyarse en las fuerzas de policía y preparar en el silencio impuesto á todos la defensa de la capital contra el enemigo. Por grande que fuera la impopularidad de la derrota, este plan ofrecía algunas probabilidades de éxito para el Imperio. La segunda conducta, enteramente contraria, se reducía á conferir al Cuerpo legislativo los principales atributos del poder, engrandeciéndole lo suficiente para que no sintiera tentaciones de usurpación, y obrando con premura á fin de que el desprendimiento pareciera espontáneo y mereciera cierta gratitud. Si la soberana sabía conservar el mérito de la iniciativa, la Comisión elegida por la Cámara se resentiría sin duda de este acuerdo y la elección, según todas las apariencias, indicaría la voluntad de suplir la regencia, no

de abolirla. La emperatriz se reservaría un derecho, más ó menos nominal, de intervención ó aprobación; pero en todo lo demás su personalidad desaparecería, al modo que una mujer débil, en medio de una gran tempestad, abandona el timón á manos más robustas. De esta manera, mediante un expediente aceptable, se aseguraría para el presente un orden medio regular; y en cuanto al porvenir, la suerte de los combates y la voluntad de Dios decidirían los destinos de la dinastía napoleónica.

Que ambas combinaciones entrañaban muchos peligros, era indiscutible. Si la regente, por virtud de una reacción brusca, reanudaba el poder personal, corría el riesgo de sublevar las pasiones populares, y ora triunfase del motín, ora sucumbiese á él, la odiosidad de una guerra intestina añadida á la guerra extranjera sería una mancha indeleble en el reinado y en la dinastía. Si, por el contrario, mediante una abdicación temporal y parcial, la emperatriz desaparecía ante la Cámara, la comisión parlamentaria ofrecería todos los inconvenientes de los poderes directoriales: solicitada por opuestas tendencias, no se sabía á qué corriente obedecería, y según el curso de los acontecimientos ó según el azar, podría ser arrastrada muy lejos del Imperio. Mas, por muy fundados que fuesen estos temores, habíase llegado á ese grado de desgracia en que sólo cabe elegir entre los peligros. Una dinastía tradicional ligada al pueblo por un vínculo cimentado de siglo en siglo, suma, en tiempos de prueba, su fuerza propia á la fuerza de la nación; pero la monarquía napoleónica, dinastía aventurera, sólo vivía por el triunfo y, al llegar el momento de los reveses, hallábase reducida á la dura condición de perecer ó de transformarse bajo el fuego del enemigo.

El tiempo apremiaba, y en aquella ocasión se comió la gran falta: los consejeros de la regente no tuvieron ni la audacia que sabe usurpar ni la prudente abnegación que abdica oportunamente, y uno tras otro fueron llegando todos, desahogados ante el desastre en que se aniquilaba su energía. Palikao había sostenido hasta entonces su papel con jactancioso aplomo; pero en presencia de la abrumadora realidad toda aquella serenidad artificiosa se venía abajo; y sus colegas, hombres de distinguida inteligencia y de honor, no tenían, sin embargo, talle para dominar tales tempestades. Era preciso hacer pública la catástrofe y Clemente Duvernois quedó encargado de redactar el manifiesto que debía anunciarla; después de acordar esto, la discusión se desvió de su curso principal y se trataron varios asuntos, tales como la necesidad de negociar y la urgencia de establecer en Tours ó en Bourges una delegación del gobierno. Según parece, no se discutió ningún plan para concentrar la autoridad, aunque fuese á costa de una dictadura, antes al contrario toda idea de esta índole fué posteriormente desautorizada formalmente. Quedaba la otra solución, muy arriesgada, pero la menos mala al fin y al cabo, ó sea la que consistía en apoyarse en el Cuerpo legislativo, en consentir en un abandono más ó menos completo en favor suyo, en intentar la salvación desprendiéndose de atribuciones; pero esta conducta exigía que sin perder un momento se pusiera el gobierno en comunicación con los diputados. Después de examinada la situación, desistióse de celebrar una

sesión nocturna que, según dijeron, sobreexcitaría la inquietud pública, y se decidió no reunir la Cámara hasta el día siguiente, y no á primera hora, sino al mediodía. A eso de las siete y media de la tarde, cuando hacía rato que duraba la discusión, llegó el Sr. Schneider, á quien también se había convocado y á quien correspondía, como presidente del Cuerpo legislativo, buscar un terreno de inteligencia entre el gobierno y los diputados. Aprovechando una interrupción del consejo, logró acercarse á la emperatriz y le sugirió, según afirmó posteriormente, el remedio extremo que, al parecer, la situación exigía, y este remedio era, según todas las probabilidades, el desposeimiento voluntario en favor de la Cámara. El Sr. Schneider, cuando hubo apuntado el expediente, no insistió en él, sea por respetuosa reserva, sea por el triste convencimiento de que desde aquel instante toda habilidad sería ineficaz. ¿Aconsejó ó combatió la idea de una sesión nocturna? Los recuerdos de los testigos presenciales son en este punto contradictorios. A las ocho separáronse los ministros, sin haber resuelto nada.

Durante aquellas horas de que tan pródigos se mostraban los ministros cuando hubiera sido preciso mostrarse de ellas muy avaros, habían de disgregarse todas las fuerzas que la mano vigorosa del imperio había creado. A la caída de la tarde, la gran noticia, aunque no propagada todavía por los pasquines, era generalmente conocida en el mundo político. En el salón de conferencias, algunos diputados que después de comer habían vuelto al Palacio Borbón, se interrogaban ansiosamente: «¿Es cierto?—¿Qué?—Lo de Sedán.—Lo es, por desgracia.» Varios añadían, después de una pausa: «¿Qué, no haremos nada?» Estas palabras resumían la angustia de aquellos que, comprendiendo que todo se derrumbaba, aspiraban cuando menos á salvar de entre las ruinas á Francia y á sí mismos; y en esta aspiración se confundían no sólo los miembros del centro izquierdo y del centro derecho, sino también muchos antiguos bonapartistas. Si los consejeros de la regente, realizando un acto de gobierno, otorgaban con pronta resolución lo que ya no podían retener, el precio de su sacrificio sería una probabilidad, débil sí, pero probabilidad al fin, de salvar el imperio; pero si tardaban en resolverse, todo estaría perdido para siempre.

A eso de las ocho y media el Sr. Schneider había regresado á la presidencia, y mientras estaba comiendo pasóle recado de que varios diputados deseaban verle y reclamaban la celebración de una sesión nocturna. A fin de tomarse tiempo para reflexionar, les hizo decir que esperasen y á todo evento mandó que se extendieran los avisos de convocatoria. Su perplejidad era grande: había tomado parte en las deliberaciones del consejo que acababa de aplazar toda reunión para el día siguiente, y por otra parte, su sagacidad le hacía ver el peligro del aplazamiento. Al fin hizo pasar á los representantes, que eran, á lo que se recuerda, los Sres. Dreolle, Calvet-Rogniat, Dalmas y Keratry. «Conviene, dijo el Sr. Dreolle, que el pueblo de París, al enterarse oficialmente del desastre, se entere también de las medidas adoptadas por los poderes públicos.» El Sr. Schneider rechazó al pronto la petición pretextando las dificultades de la convocatoria: «Que no sea esto un obstáculo, repuso el Sr. de Keratry, porque la mayoría de

nuestros colegas han vuelto al Palacio.» En esto llegaron á la presidencia otros diputados, entre ellos los señores Martel, Lefevre-Pontalis y Josseau, y muy pronto fueron los reunidos más de cuarenta. Todos emplearon idéntico lenguaje, todos manifestaron que la magnitud de los acontecimientos exigía la convocación inmediata de los elegidos de la nación y que la Cámara podría obrar con más libertad de acción mientras el pueblo de París ignorase todavía la extensión del desastre. Esto mismo pensaba precisamente el Sr. Schneider, á quien embarazaba tan sólo la reciente decisión de los ministros. En aquel momento se presentaron algunos miem-



Keratry

bros de la oposición, como Julio Favre, Picard y otros: Julio Favre, que acababa de conferenciar con sus amigos, no ocultaba su propósito de pedir la destitución, y el presidente, demasiado ilustrado para abrigar muchas ilusiones respecto del imperio y demasiado escéptico para irritarse mucho, limitóse á hacer algunas tristes y corteses objeciones. Si la salvación era aún posible, había de lograrse en el Cuerpo legislativo con la estrecha unión de los centros y de la antigua mayoría. Desvanecidos al fin los últimos escrúpulos del señor Schneider, éste convocó la Cámara para las doce de la noche (1).

Los ministros, que se habían procurado una tregua hasta el día siguiente, sintieron gran sorpresa y no menor contrariedad al tener noticia de la reunión. Sucesivamente llegaron al Palacio Borbón y, entrando en el despacho del Sr. Schneider, dirigieron á éste duros reproches y pidieron, aunque en vano, que la decisión fuese revocada. «No acudiremos á la sesión, decían los más excitados.—Desgraciadamente, replicaban otros tristemente desilusionados, si nos abstenemos de asistir se prescindirá de nosotros.» El más indignado era el

(1) Véase *Enquête parlementaire sur le 4 septembre*, declaraciones de Dreolle, Schneider, Keratry, Josseau, etc.—Julio Favre, *Le gouvernement de la défense nationale*, 1.<sup>a</sup> parte, pág. 60.—Dreolle, *La journée du 4 septembre*, passim.

general Palikao, que sospechaba una intriga de la oposición, ávida de lograr por sorpresa un voto favorable á la caída del imperio (1). Y, sin embargo, en vez de irritarse hubiera debido dar gracias á la Providencia que le ofrecía una ocasión última de mostrarse hombre de Estado, de anticiparse á sus adversarios con su firmeza ó con sus concesiones, de amortiguar ó desconcertar las manifestaciones del día siguiente. Algunos representantes, penetrados de esta oportunidad, apremiaban al general para que se apresurara: «Proponed los decretos necesarios, le decían los Sres. Dreolle y Calvet-Rogniat; no dejéis que la iniciativa parta de vuestros enemigos.» ¿Llegaron á insinuar la idea de medidas dictatoriales? Palikao ha dicho que sí, y la afirmación es muy verosímil porque el Sr. Dreolle decía á sus colegas: «Es necesaria una concentración de poderes sea en provecho de quien fuere. Si Cavaignac viviese aún, á él iría á buscar.» A todas las excitaciones, el ministro, que sin dejar de mostrarse arrebatado se había sentido de pronto formalista y tímido, contestaba invocando la reciente decisión del consejo: «No modificaré en lo más mínimo lo que se ha resuelto;» y repetía nerviosamente: «No asistiré á esta sesión (2).»

Mientras estas conferencias se celebraban, el tiempo iba transcurriendo: era más de media noche; los diputados en sus bancos se impacientaban, y algunos de ellos, avistándose nuevamente con el ministro de la Guerra, le suplicaron que redactara una proposición que permitiera conservar algo de todo lo que se disolvía; pero sus exhortaciones fueron inútiles, y cuando al fin Palikao y sus colegas se resolvieron á entrar en el salón de sesiones, no llevaban ninguna solución.

A la una de la madrugada ocupó el Sr. Schneider el sillón presidencial. Los anales parlamentarios registran muchas sesiones memorables por sus agitaciones; aquella fué más trágica por su calma aterradora que cualquier otra por sus turbulencias. En las tribunas, poca gente; en el hemiciclo, por el contrario, gran afluencia; en todas partes, un abatimiento consternado y un exceso de emoción que ahogaba las palabras. Palikao confirmó las horribles noticias: el ejército cautivo, el emperador prisionero. Todo el mundo esperaba los actos que agruparan á los amigos, contuvieran á los dudosos y desconcertaran á los adversarios, y cuando todo exigía un lenguaje viril, sólo pudieron sorprenderse algunas frases incoloras y vulgares: «Imposible nos sería, decía el ministro de la Guerra, entablar una discusión sobre las consecuencias que deben traer consigo acontecimientos tan graves y tan importantes; por esto pedimos que la discusión se aplace hasta mañana. Ya comprenderéis que no hemos podido ponernos de acuerdo, porque á mí me han sacado de la cama para decirme que había sesión nocturna.»

El presidente, consternado, pero sin perder su sangre fría, intentó levantar la sesión; pero Gambetta le contuvo con acento que ya parecía de personaje revestido de autoridad. La izquierda había aprovechado las primeras horas de la noche para formular una proposición de destitución que habían firmado veintisiete di-

(1) General Palikao, *Un ministère de vingt-quatre jours*, página 128.

(2) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Palikao, tomo I, página 165.

putados. En vano había intervenido el Sr. Schneider para aplazar el acto fatal; Julio Favre, con su voz profunda y algo sorda, leyó lentamente el documento, concebido en estos términos: «Suplicamos á la Cámara que se sirva tomar en consideración la moción siguiente:

»ARTÍCULO PRIMERO. Luis Napoleón Bonaparte y su dinastía son declarados destituidos de los poderes que les ha conferido la Constitución.

»ART. 2.º El Cuerpo legislativo nombrará una comisión compuesta de... (vosotros, señores, fijaréis el número que os parezca conveniente)... que será investida de todos los poderes del gobierno y cuya misión expresa consistirá en resistir á todo trance la invasión y expulsar del territorio al enemigo.

»ART. 3.º El general Trochu conservará las funciones de gobernador general de París.»

«Entrego esta proposición á vuestras sabias reflexiones, añadió Julio Favre, y mañana, ó mejor dicho, hoy domingo al mediodía, tendremos el honor de exponer las imperiosas razones que, en nuestro concepto, imponen su adopción.»

La moción era menos sorprendente que la indiferencia con que fué acogida. Entre todos los que habían vivido del imperio, entre los mismos ministros, no hubo uno en quien el honor se rebelara, la fidelidad se despertara ó la cólera hiciera explosión; la misma pasividad que se había inclinado ante el soberano inclinábase ante la revolución, y aquel silencio caía sobre el imperio vencido como sentencia de muerte. Los taquígrafos expresaron la impresión de la Cámara con esta simple frase: *Movimientos diversos*; y esta fría demostración entraña una elocuencia que ninguna pintura podría igualar. Un solo diputado, el Sr. Pinard, se levantó de su banco é, irguiendo su pequeño cuerpo, exclamó: «Podemos aceptar medidas provisionales; pero no podemos decretar la destitución.» Esta protesta estaba falta de calor y fué la única que se formuló. Después se levantó la sesión que había durado media hora.

Tanto abandono después de seguridad tanta, desorientaba á los que habían vivido en el temor del imperio, y por muy grande que hubiera de ser en las regiones oficiales la desmoralización de la derrota, un aniquilamiento tan completo parecía sospechoso. Palikao era tenido por hombre resuelto, indiferente por naturaleza y por educación á los escrúpulos legales y capaz de atreverse á todo con tal de no perecer; y muchos de sus colegas habían hecho suyas las más ásperas tradiciones del gobierno autoritario. Con tales antecedentes ¿no ocultaría aquel silencio un lazo y aquella abstención un fingimiento? Aquellos mismos hombres que desdenaban las palabras ¿no intentarían reavivar por la violencia su poder moribundo? Terminada la sesión, algunos diputados, escapándose disimuladamente, se diseminaron por la ciudad á fin de espiar los signos por los cuales se reconocerían los preparativos de un golpe de Estado, y dos de ellos se encaminaron á la prefectura de policía y con mirada inquieta escudriñaron las inmediaciones, no tranquilizándose hasta comprobar que en todas partes reinaban la calma, la soledad y las tinieblas (3). Recuerdo haber referido en

(3) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Keratry, tomo I, página 648.

otro lugar algo análogo: diez y nueve años antes, la víspera del 2 de diciembre, el Sr. Baze y sus amigos rondaban del mismo modo el Eliseo; pero ahora el temor era vano y el imperio ya no se restablecería. Mientras una vigilancia miedosa inspiraba esos nocturnos paseos, los altos funcionarios quemaban sus papeles comprometedores y no creyendo ya en el régimen ni en sí mismos y dispuestos á cumplir la sentencia antes de que se les condenara, estaban apercibidos, no á resistir, sino á marcharse. A eso de la una de la mañana, Fernando Barrot, referendario mayor del Senado, fué á consultar con el Sr. Rouher, y éste con abrumada resignación le respondió: «Ya no hay nada que hacer; mañana, la revolución.» En los grados inferiores de la escala jerárquica reinaba el mismo convencimiento de que todo había concluido, y de labios de los hombres más humildes como de los más ilustres personajes se habrían podido escuchar singulares manifestaciones. Un transeunte que ignoraba los acontecimientos y veía en los alrededores de la Cámara una animación inusitada, interrogó á un agente de orden público, el cual le contestó con la mayor naturalidad (y para los que han conocido la ruda policía del imperio la frase no necesita comentarios): «En este momento se celebra sesión para derribar al gobierno.»

### III

Durante toda la noche los fijadores de carteles recorrieron la ciudad pegando en las paredes de las calles la proclama de Clemente Duvernois; y al amanecer los vendedores de periódicos vocearon estas aterradoras palabras: «Napoleón III prisionero.» En las fachadas de los edificios públicos, los grandes carteles blancos proclamaban la inmensa desgracia, y delante de las tabernas, en las puertas de las casas se reunieron los porteros, los criados y todos los que por razón de su oficio se levantan con el alba. La gente se arrancaba de las manos los diarios que, tomándolos de los periódicos extranjeros, relataban todos los detalles de la catástrofe, ya que la noticia, reciente en París, era casi vieja fuera de Francia. Era domingo, y los devotos que iban á las primeras misas, leían el cartel y se detenían aterrorizados. El sol ascendía en el horizonte, en medio de una atmósfera diáfana, y deslizaba por todas partes sus alegres rayos. ¡Ah, esos domingos de la guerra, tan risueños en la naturaleza, quién podrá jamás olvidarlos! Poco á poco las calles se llenaron; muchos parisienses se habían puesto el uniforme de guardia nacional, manifestación del afán de jugar á los soldados, expresión de un patriotismo de precio módico, traje que servía para dos fines, para el orden y para el motín; y los que no tenían uniforme se contentaban con el kepis. Detrás de los hombres salieron las mujeres y los niños y muy pronto comenzó el éxodo de los arrabales hacia la calle de Rivoli, la plaza de la Concordia, el Palacio Borbón, en una palabra, hacia todos aquellos lugares en donde se presentía que se desarrollarían todos los sucesos. Los obreros, los menestrales que bajaban de Batignolles ó de Montmartre, de Menilmontant ó de Belleville, se juntaban y lo que eran pequeños grupos tomaban el aspecto de bandas. ¡Qué análisis sutil habría podido escrutar el ama de aquella multitud! Dominaba en ella

esa sobreexcitación que, sin suprimir los grandes dolores, los disimula á veces bajo la abundancia de gestos ó de palabras, y el acontecimiento parecía tan extraordinario que la curiosidad intensa sobrepujaba á la consternación. La derrota, la capitulación, Napoleón prisionero, el imperio herido, y sin duda de muerte, todas estas noticias lanzadas á la vez, provocaban en los cerebros una ebullición parecida á la embriaguez. La gente no acababa de enterarse bien y necesitaba ponerse sobre sí. Había los indignados que pronunciaban la palabra traición; los pasmados que presenciaban la gran tragedia sin comprenderla del todo; y los bobalicones que, teniendo á punto el remedio, hablaban del 92 y del extranjero rechazado á golpes de horca. Y, ¡quién lo creyera!, no todo era tristeza en aquel espectáculo. De aquella muchedumbre salían bufonadas y dicharachos; y es que las sensaciones eran tan complejas como los hechos. Froeschwiller, desastre puramente militar, no había causado más que dolor; pero ahora se presentía que el drama comenzado en Sedán tendría su epílogo en París y se esperaba el desenlace como si se tratara de una novela vivida. A esto se unía el gusto muy parisiense de destruir que presta cierto sabor á todo destrozo grande aunque los efectos de estos destrozos hieran ó maten. Además, aquel hermoso domingo, aquel paseo en una atmósfera caliente, aquella multitud, todo completaba la embriaguez. Por otra parte, el obrero, educado en las lecciones demagógicas, comenzaba á sentir una esperanza, la esperanza de la calle libre, de la policía impotente y de la Revolución triunfante, y ya la pérdida del imperio parecía la indemnización de la humillación de Francia: la necedad de los unos, la irreflexión exaltada de los otros habían de abrir un camino fácil á estas ideas, y harto había de demostrarse esto antes de que terminara el día.

El gobierno, retardando toda iniciativa, había dejado el sitio libre á sus enemigos, y desde la mañana, la moción de destitución fué el objeto de todas las conversaciones entre los hombres políticos.

Los diputados de la izquierda, aunque muy envalentonados por la inercia del poder, tenían propósitos menos intransigentes de lo que su moción permitía suponer. La destrucción del imperio, que poco antes habría parecido increíble, les turbaba al par que colmaba sus deseos, pues habiendo recogido durante largos años y bajo un régimen que había acabado por ser muy bondadoso todos los pequeños beneficios de la oposición, llegado el momento de arrostrar los riesgos de la responsabilidad sentían, al mismo tiempo que la tentación de atreverse, el temor de triunfar demasiado. Gambetta, por su condición de tribuno, y el Sr. de Keratry, por impetuosidad ó ligereza, aconsejaban resueltamente que se corriera la aventura; los demás, en cuanto cabía adivinar sus pensamientos algo vacilantes, tenían que poco después de encargarse del poder tendrían que cederlo á sus amigos más comprometedores, y gente togada en su mayoría, no ignoraban la costumbre en los que acuden á los tribunales de añadir á las conclusiones principales otras conclusiones subsidiarias: la conclusión principal era la destitución inmediata; la subsidiaria, no formulada expresamente, pero aceptada de antemano, era todo proyecto menos radical que, sin pronunciar aquella palabra tan dura, dejase á un lado

el imperio como por preterición, para que de este modo el país llegara hasta la República suavemente, sin sacudidas y, sobre todo, sin ninguna intervención callejera. Por esta manera de pensar, Julio Favre, Picard y los más moderados de entre sus colegas, se aproximaban al centro izquierdo y aun a una parte del centro derecho: en el primero de estos grupos dominaba Thiers, que también tenía su solución, y así como los diputados de la izquierda, haciendo públicos sus resentimientos, proclamaban destituido el imperio, él, sentando un hecho, se contentaba con declarar, sin odio y sin cólera, el *poder vacante*. La diferencia entre ambos criterios no era tan grande que hiciese imposible una inteligencia; y lo mismo en uno que en otro proyecto, el Cuerpo legislativo nombraría una comisión de gobierno, con lo cual se arrebataría, a lo menos así se esperaba, el poder a la Revolución, y luego vendría la convocación de una asamblea constituyente. Las divergencias sólo estaban en las intenciones ocultas, pues mientras los centros se limitaban a suspender el imperio sin abolirlo, los hombres de la izquierda únicamente aspiraban a allanar la transición hacia la República.

Tales se ofrecían los diversos grupos de la oposición en aquella mañana del 4 de septiembre; pero lo más importante era conocer los sentimientos de la antigua mayoría. Una moción firme y concreta del gobierno indicándole cuáles sacrificios debía consentir y qué grado de fidelidad había de conservar, habría vigorizado en ella la disciplina; pero los consejeros de la regencia la habían disgregado, dejándola sin dirección. Todos aquellos diputados, durante tanto tiempo dóciles hasta el punto de abdicar de su propia personalidad, abandonados a sí mismos se deshacían en lamentaciones; y como si de pronto vieran las cosas con toda claridad, censuraban todas las faltas que habían aclamado, se quejaban de haber sido engañados por Palikao como se habían quejado de haberlo sido por Lebœuf, y con este lenguaje trataban de justificar a sus propios ojos sus desvíos. Pero fuese cual fuese la influencia disolvente de los reveses, no se apartaban sin aflicción y sin remordimiento, y aunque comprendían que la regente no estaba a la altura de su misión, retrocedían ante la injuria de destituirla, y entendían, en todo caso, que la suspensión de los poderes no debía durar más que el tiempo necesario para conjurar el peligro. Ingeniosos a fuerza de sentirse perplejos, habrían deseado que el mismo imperio les diera una licencia para desertar de él provisionalmente. Esta idea había sido precisamente expuesta por uno de los miembros más respetables del centro izquierdo, el Sr. Buffet, el cual había hecho notar que las atribuciones recibidas del emperador por la emperatriz eran limitadas y de todo punto insuficientes para aquella crisis; que la regente no podía pedir la ampliación de las mismas, ni al país invadido ni a Napoleón prisionero; y que en estas circunstancias el desenlace más prudente sería la entrega espontánea del poder al Cuerpo legislativo hecha por la propia soberana. La idea, un tanto sutil, era en sí muy discutible, porque la regente no podía delegar en los representantes de la nación más que aquello que había recibido, de suerte que con esta solución no se evitaba la arbitrariedad; pero de todos modos, dada la gravedad extrema de la situación a que se había llegado, el expe-

diente era el menos criticable de cuantos pudieran imaginarse; así es que las palabras del Sr. Buffet fueron escuchadas favorablemente casi por todos los grupos. Mediante esta combinación, la renuncia, enteramente voluntaria, partiría de la misma soberana; la emperatriz transferiría, por decirlo así, su propia legitimidad a la Cámara, con lo cual desvanecería los escrúpulos de aquellos que, resignándose a ser infieles, no querían serlo sin una previa absolución.

Mientras se cambiaban impresiones sobre todos estos puntos de vista, los ministros, reunidos desde las ocho de la mañana, celebraban consejo en las Tullerías. Habían pedido tiempo para reflexionar, mas no parecía que la calma de la noche hubiera madurado mucho sus ideas. En cuanto puede deducirse de testimonios no siempre concordantes, tratóse en aquel consejo de la dimisión de la emperatriz: «Sólo el emperador puede abdicar, dijo Clemente Duvernois (1); la regente no puede, porque no es sino una emanación del emperador.» Discutióse luego el establecimiento de una delegación gubernamental fuera de París; pero esta moción fué descartada por temor a una guerra civil: «Si he de sucumbir, decía con dignidad la emperatriz, quiero a lo menos desaparecer sin dificultar la resistencia (2).» Lo más urgente era determinar las resoluciones que al fin se someterían a las Cámaras. Asistía al consejo el Sr. Schneider que llegaba del Palacio Bourbon; sabía, por consiguiente, mejor que nadie el espíritu que allí reinaba y comprendía la oportunidad de ceder mucho y de ceder en seguida, en la esperanza, en la frágil y débil esperanza de salvar quizás algo: «En la situación en que nos encontramos, dijo, no hay muchos recursos en que escoger y, sin embargo, es preciso adoptar una resolución; la mejor, en mi concepto, es transferir todos los poderes de la regencia a una comisión nombrada por la Cámara.» En estas palabras reflejaban el criterio, no sólo del Sr. Buffet y del centro derecho, sino también de muchos individuos de la derecha. El proyecto, aunque calurosamente defendido por el Sr. Brame, no fué aceptado, a lo menos en su integridad, sino que se optó por la idea de un Consejo de regencia elegido por la Cámara y bajo cuya refrendación serían nombrados los ministros, añadiendo a esto un artículo adicional que creaba a Palikao teniente general del Consejo. ¿Cuáles serían los poderes del general? Sea por olvido, sea por cálculo, el proyecto nada decía sobre este particular. No era difícil prever que, para los suspicaces, Palikao sería el hombre destinado a recuperarlo todo al menor indicio de mejor fortuna. Un antiguo proverbio de derecho civil dice: «Dar y retener no vale;» pues bien, la tenencia general de Palikao era la restricción que había de viciar el sacrificio, que había de hacer sospechosa la renuncia.

Mientras el consejo deliberaba, la emperatriz recibió muchos informes anunciándole que los grupos populares engrosaban y que crecía en la ciudad la efervescencia; y en el momento de separarse los ministros llegó un despacho de Lyon dando cuenta de que había sido proclamada la República en la plaza de los Terreaux.

(1) *Enquête parlementaire sur le 4 septembre*, declaración de Clemente Duvernois, pág. 226.

(2) *Enquête parlementaire sur le 4 septembre*, declaración de Jerónimo David, pág. 155.

En vista de estas noticias, pudo preguntarse si no era tarde ya para discutir los jirones de poder que recibiría el Cuerpo legislativo ó que conservaría la emperatriz. Consejo de regencia, tenencia de Palikao, proyecto de Thiers y hasta proyecto de la izquierda, ¿no quedaría todo ello interrumpido y acaso borrado por la ruda mano del motín?

## IV

A eso de las diez, los grupos que habían bajado de los arrabales comenzaron a diseminarse por los barrios ricos; poco a poco fueron separándose de ellos las mujeres y los niños, tomando la cosa el carácter, no de motín todavía, pero sí de manifestación. Varios hombres con blusas blancas dirigíanse a la plaza Vendome gritando: «¡Destitución, destitución!» y un poco más tarde penetraron en la calle Royale y en la de Rivoli algunos guardias nacionales, en su mayoría sin armas y varios armados. No se advertía amenaza alguna contra las personas ni contra las propiedades; algunos hombres de la clase media aparecían mezclados con los obreros; y entre unas cuantas caras siniestras veíanse muchos semblantes bonachones. En cambio, la multitud aumentaba sin cesar: «Hay un gentío enorme,» decían en sus partes los comisarios de policía, que aún no sabían qué era lo que habían de temer, pero a quienes desorientaba ya aquella inmensa concurrencia.

¿Obedecían aquellas bandas a una influencia directora? Así lo han supuesto algunos. En las primeras horas de la noche anterior había habido grupos sediciosos en los bulevares y colisiones con los agentes de orden público; Ranvier, Peyroutón y otros agitadores dirigían la manifestación, y al separarse todos, se citaron para el día siguiente (1). Por la noche habíanse celebrado consejos a los cuales habían asistido Delescluze y Blanqui, y en la mañana de aquel día *Le Siècle* había publicado el siguiente suelto: «Millares de guardias nacionales se han citado para comparecer a las dos, sin armas, delante del Cuerpo legislativo (2).» Ya comenzaba a observarse, y sobre todo se observaría algo más tarde, la presencia de varios destacamentos de guardias nacionales que, aun sin estar en acto de servicio, marchaban en filas y a paso regular y parecían obedecer a ocultos directores. Mas, a pesar de estos indicios, nada permite afirmar que los papeles del movimiento que se iniciaba hubiesen sido previamente preparados; que hubiera un jefe, unos subordinados, una disciplina, un objetivo señalado a los esfuerzos, en una palabra, ese acuerdo concertado que es propio de las conspiraciones. La verdad es que desde 1868 y bajo la influencia de los clubs, de los diarios y de la *Asociación de trabajadores*, se habían creado una porción de pequeños focos en los que se alimentaba el fuego del odio más ardiente contra el imperio y que habían dado lugar a algunos complots y a ciertas federaciones de barrios. Desde hacía tres semanas, los reveses del imperio ha-

bían provocado en la oposición irreconciliable una excitación prodigiosa: a todo evento, habíanse forjado listas de gobierno, por pasatiempo, por bravata, casi del mismo modo que se hacen apuestas; y los habitantes de los arrabales decían a los hombres de la izquierda, medio en broma, medio en serio: «Muy pronto seréis gobierno.» Las últimas noticias habían acabado de exaltar los ánimos, y en todos los cerebros había surgido el mismo pensamiento, a saber, dirigirse al centro de la ciudad y tantear el terreno para ver hasta qué punto podían llevar su osadía. Es indudable que en la noche del 3 al 4 de septiembre hubo conciliábulos, y tampoco puede negarse que en estos conciliábulos se dieron algunas consignas y se citó a los guardias nacionales de algunos barrios; pero estas iniciativas particulares se perdían en un inmenso movimiento espontáneo en el que entraban la cólera, la protesta y la curiosidad sobreexcitada. Para gritar *destitución* no se necesitaba ser conspirador, pues un Napoleón no podía reinar sino a condición de no ser vencido. Y toda aquella multitud, compuesta de un número inmenso de curiosos mezclados con algunos criminales, moviéndose crédula, calenturienta, embriagada por sus propios gritos, indignada y necia, burlona a ratos, uniéndose a las burlas las imprecaciones, ansiosa de vengar en sus caudillos su derrota, falta de previsión, de sangre fría, de plan, y dispuesta a repetir todo lo que le había enseñado la rutina revolucionaria. Habría, sí, directores, pero éstos serían las más de las veces improvisados; la verdadera conspiración era la de los acontecimientos.

El general de Palikao pretendía estar perfectamente armado contra cualquier movimiento popular, y habiéndole expuesto el Sr. Schneider sus temores, había le replicado que disponía de 40.000 hombres (3). Examinando el detalle de las fuerzas, veremos a qué quedaba reducida esta fantasmagoría de cifras.

La preocupación muy laudable de la defensa había motivado que se enviaran al encuentro del enemigo el 12.º y luego el 13.º cuerpos. El resto de las tropas de línea se componía de algunas porciones mal organizadas del 14.º cuerpo y de algunos depósitos en donde ingresaban soldados jóvenes y bisoños. Algunos destacamentos de la guardia se habían quedado para la defensa de las Tullerías. Aparte del ejército propiamente dicho, la guardia móvil del Sena estaba animada de un espíritu tan detestable, que la más vulgar prudencia había de aconsejar no echar mano de ella. En la guardia nacional, al lado de elementos muy malos había batallones buenos, pero no tanto que se pudiera contar con ellos si el gobierno, por la magnitud de sus infortunios ó de sus faltas, ponía demasiado a prueba su lealtad. Quedaban los cuerpos especiales, que aunque un tanto quebrantados en su confianza, eran completamente fieles: estos cuerpos especiales eran la gendarmería, la guardia de París de a pie y montada y los agentes de orden público.

Aun descontando las tropas no ejercitadas ó dudosas, aquellas fuerzas eran, en rigor, suficientes; pero para que fuesen eficaces era preciso que el jefe encargado de conservar el orden tuviera bastante autoridad moral para

(1) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración del comisario de policía Bellanger, tomo II, pág. 157.—Véase también *Enquête sur le 18 mars*, declaración de Moutón, pág. 231.

(2) Véase *Enquête sur le 18 mars*, declaración de Floquet, página 278.—Véase también Dreolle, *Souvenirs du 4 septembre*, página 52.

(3) *Enquête parlementaire sur le 4 septembre*, declaración de Schneider, tomo II, pág. 132.